

Pueden llegar a ser locos personas que solo intentan defender su dedicación a los estudios. O cuando quiero escribir algo serio y el lápiz se rompe justo conmigo, es como si hasta los objetos quisieran que las cosas sean injustas.

Este dilema habla de un instituto en el que me esfuerzo mucho porque necesito una nota alta para acceder a los estudios que deseo. Una app del instituto evalúa la productividad y cuenta un 20% de la nota, pero perjudica a mis compañeros de creatividad, como mi amiga, lo cual su trabajo no encaja en sus criterios. Aunque a mi no me afecta, el sistema es injusto y la dirección se niega a cambiarlo. Ante un posible sabotaje que pondría en riesgo mi nota, surge el dilema: proteger mi futuro o defender una causa colectiva. Arriesgarme puede parecer irracional, pero aceptar sin cuestionar un sistema injusto también puede ser una forma de perder la cordura.

Si no ayudo a mi amiga y a mis compañeros, estaría actuando de manera egoísta, priorizando mi beneficio personal sobre el bienestar de los demás. Lo cual me obliga a reflexionar sobre hasta qué punto es correcto sacrificar la justicia por la seguridad personal. No sé cuánto llegaré a perjudicarme en un futuro, pero, por otro lado, la empatía es muy importante porque significa ponerse en el lugar de los demás y entender cómo se sienten. A veces creemos que algo está bien porque a nosotros no nos afecta, pero puede estar haciendo daño a otra persona. Por eso no solo hay que pensar en uno mismo, sino también en los demás. Si no somos empáticos, podemos ser injustos sin darnos cuenta.

Además, el uso de una aplicación para evaluar la productividad reduce el aprendizaje a números, olvidando que las personas no aprenden todas de la misma manera. La educación no debería basarse en la tecnología, ya que un uso excesivo puede deshumanizar el proceso educativo. No todo puede medirse con una app: la creatividad, el pensamiento crítico y el esfuerzo personal no siempre se reflejan en estadísticas. Por ello, el instituto debería buscar una forma diferente y más justa de evaluar, combinando distintos métodos que tengan en cuenta la diversidad del alumnado.

Immanuel Kant, nos recuerda que para actuar moralmente necesitamos el uso de la razón; es decir, tenemos que atrevernos a pensar para tomar la mejor decisión en cada circunstancia. También defendía que las personas nunca deben ser tratadas sólo como medios, sino siempre como fines en sí mismas.

Esto me lleva a atreverme a reflexionar sobre quién decide qué es lo normal y qué se considera una locura dentro un sistema educativo. En este caso, el instituto trata a los alumnos como simples números dentro de un sistema, en lugar de valorar sus

competencias moralmente. También puede vincularse con la ética de la justicia, que exige que las normas sean iguales y justas para todos, teniendo en cuenta las diferencias entre las personas.

En conclusión, ayudar a mi amiga y a mis compañeros significa actuar con empatía y no pensar solo en lo que me conviene a mí, sino también en cómo este sistema afecta a los demás. Aunque a mí no me perjudique directamente, aceptar algo injusto solo por comodidad puede hacer que el problema continúe.

Defender una forma de evaluación más humana y no dependiente de la tecnología no es una locura, sino una manera de cuidar valores como la justicia, el respeto y la solidaridad. Puede que sea una locura luchar por causas difíciles, ante un sistema tan poderoso. Y menos mal que hay quien sigue siendo fiel a esa locura.

No todas las personas aprenden igual, y un sistema educativo debería tener en cuenta esas diferencias. Por eso, el esfuerzo y la dedicación no debería medirse solo por una aplicación o por números, sino por el progreso y el desarrollo personal de cada estudiante. Cuestionar un sistema injusto puede ser difícil, pero también es una forma de intentar mejorar la educación para todos.